

Don Quijote cabalga de nuevo

ALFONSO CHASE

● *El escritor Alfonso Chase comenta una recreación filosófica sobre la novela *El Quijote*, publicada recientemente por el Doctor Roberto Murillo*

responsable de su tiempo, lejano de las citas y glosas, pero dueño de afirmaciones personales, que se convierten en colectivas, al compartirlas él con sus lectores. Siendo una investigación académica, esto es novedoso, y grato, en el resultado de conjunto de la propuesta lectura o escritura.

Pocos costarricenses han escrito sobre *El Quijote*, que no sobre Cervantes, en esa atracción que media entre obra y lector, entre creador y estudioso. Algunos de ellos lo han hecho bien y de manera clara: Joaquín García Monge, Luis Barahona, Rafael Cardona, León Pacheco, en ensa-

yo inédito, Abelardo Bonilla en sus clases Magistrales, y ahora Roberto Murillo, en tres ensayos, filosóficos los llama él, que buscan desentrañar meditaciones sobre diversos aspectos de la obra como deleite, y placer textual y temático, más que como estudio erudito.

Ese valor especial del texto, el disfrute, es el planteamiento central del libro. Breve, enjundioso, desplegado como una meditación de asombro, de encuentro, de búsqueda de hallazgos contemporáneos, pero también en lo inmanente que nos deja su legado en la historia cultural de la humanidad.

El vasto conocimiento del autor sobre la obra cervantina no es muralla para detenernos en su lectura, porque Roberto Murillo, en tono introspectivo, busca darnos su verdad esencial de comunicación, que es clara, sencilla y explicitada en tono conversacional, como si estuviera exponiendo, primero ante sí mismo, luego en el compartir que es el enseñar, lo que allí descubre.

Producto de un proyecto de investigación en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad de Costa Rica, el pequeño tomo del deber cumplido, está dividido en tres apartes temáticos, que se relacionan entre sí, pero que tienen lecturas separadas.

Las partes del todo

En el primero: *Don Quijote: voluntad y representación*, asistimos al encuentro original, y definitivo, del autor con el libro, en el descubrimiento de éste como primera novela moderna y última obra del neoplatonismo. El acierto del lector-autor del ensayo nos hace entrever *El Quijote* como un juego de espejos, lo que le permite a Murillo darnos una serie de descubrimientos, de manera rápida, que son como chispazos de deslumbramiento, puertas abiertas para una interpretación histórico-filosófica del valor del libro en el contexto actual del desarrollo de nuestra cultura.

El análisis, brillante, nos permite leer y releer el capítulo, para encontrar la vastedad que el ensayista nos propone, y el juego de sus descubrimientos se hace nuestro, allí donde la inteligencia del autor descubre un Don Quijote sujeto a múltiples lecturas, todas ellas congruentes y necesarias para buscar la poesía, que es la esencia de la filosofía, y que subyace en esa voluntad y representación que hacen del héroe un personaje contemporáneo, cercano y nuestro por la magia del que analiza y la profundidad de sus conceptos. Quizás este capítulo sea la apertura para un libro más ambicioso, en donde toda la carga cultural de *El Quijote* se haga realidad, en nuevas meditaciones de Murillo sobre el tema, con la riqueza del lenguaje fluyendo, y la fantasía del descubrimiento



Don Quijote y Sancho Panza cabalgan por la imaginación del Doctor Roberto Murillo en un trabajo que nos enseña a disfrutar de la lectura de la primera novela de la edad moderna (Foto cortesía del Centro Cultural Español)

como norte a sus audaces meditaciones.

El segundo aparte nos remite aun tema espinoso en la visión narrativa de Cervantes, como es el valor de *El Curioso Impertinente* dentro de *El Quijote*. Abordarlo de manera filosófica es empresa para pocos, como bien lo reconoce Murillo en el texto. Pero lo resuelve, y hay aquí también originalidad y audacia, mostrándonos, de manera clara, que es la historia de una idea, sentida-vivida con clara autoconciencia del personaje y el autor, dejando de lado, para entenderla, toda la teoría y las discusiones que sobre esta noveleta, dentro de la novela, ha provocado al través de los años.

Meditación sobre la lealtad, la amistad, la fidelidad, defensa de los sentidos, oscuridad de la razón como forma interpretativa, el análisis de Roberto Murillo va más allá de la lógica concreta, para descubrir el valor del destino, del azar, de la poesía como sustento de las actitudes del ser humano, en esa curiosa impertinencia de él mismo, al rechazar las diversas interpretaciones librescas, y abrirse al texto como lectura libre, y poética, de un asunto que no puede mirarse con otros ojos que no sean los del corazón, los celos, las dudas, que el genial Cervantes propone al dubitativo y embelesado Murillo.

Filosofar es meditar

A esta altura de nuestro encuentro con el libro, nos queda clara la idea de Roberto Murillo de llamar a su obra ensayos filosóficos, y el aporte real del autor a la copiosa bibliografía cervantina. Filosofar es meditar, desentrañar, proponer, con una carga cultural intensa que va desde Platón, pórtico del libro, hasta los aportes de

nuestro querido don Teodoro Olarte, inolvidable por lo profundo, expresivo y sabio, en sus lecciones y en su noble hidalguía quijotesca. Preguntas y respuestas que él mismo se contesta son el sentido real de este breve libro, el cual gana en intensidad la calidad de la prosa, siempre reseñable en Murillo, retomada ahora con mayor audacia, pues se trata de referirse a un autor audaz y a un personaje que no se caracteriza por su sensata visión del mundo. Los vislumbres filosóficos de Murillo dan pie para concebir a este libro como una apertura en su obra de escritor, en un proceso de madurez, en donde la carga cultural del autor se abre a sus propios enunciaciones, como no lo ha hecho en sus libros anteriores. Lo importante, que se logra totalmente en el capítulo final, es que el aporte de interpretación, llamémosla filosófica, nos permite sentir en ese encuentro entre Murillo y *El Quijote*, una especie de empatía que tiene como eje el descubrir nuevas aristas en la obra, proponerse ricos descubrimientos temáticos y aportar, de verdad, aspectos ignorados, hasta lo que conocemos, que nos remiten a algunos textos, casi ignorados, de América Castro en sus estudios sobre Cervantes y las acotaciones, maravillosas, de la cubana Mirta Aguirre, a la visión contemporánea del valor del libro al través de la historia.

Otro aspecto, digno de comentar, para lectores sagaces, es la carga cultural, producto de la reflexión, en los dos capítulos mencionados, que se diluye en la reflexión del ensayista, como bagaje asimilado, con lo cual asistimos a la manifestación, creativa y abierta, de propuestas de lectura que nos permiten encontrar a Roberto Murillo, como lector apasionado de *El Quijote*, pero también como humanista

Lucidez e ilusión en El Quijote, cierra este breve libro. Se encuentra allí definida la intensidad interpretativa del ensayista, y su propuesta mas audaz, en esa revaloración de las sombras, y la inmersión del lector en las cuevas del encantamiento que suponen las frases que le dan forma, en donde encontramos planteadas las ideas que estructuran el libro, unidas por supuesto a la visión, personalísima, de un Roberto Murillo leyendo *El Quijote* con todo el acervo cultural que lo caracteriza, pero despojado de doctrinas o meditaciones superfluas. Es el encuentro del autor con su libro, con nuestro personaje, con lo sustancial que se descubre en la lectura de la primera novela moderna y última verdad esencial de la Edad Antigua. Es creación en la recreación del valor real de la novela, vista con ojos abiertos a múltiples interpretaciones, con un lenguaje de gran intensidad y la opción de descubrir nuevas verdades, no para guardarlas como joyas íntimas, sino para compartirlas con nosotros. Aquí se hace explícita la necesidad paradójica de la lectura abierta de *El Quijote*, y la necesidad de entrar en ella en abandono de razón y cálculo, como fueron la propia vida de don Quijote y Sancho.

Murillo hace expresión de su capacidad de pensamiento, pero lo que es más valioso: de esa unidad, articulada, de poner a funcionar los mecanismos de la magia textual, para abismarse en la historia de un personaje, recobrado como conciencia de su tiempo: espejo del pasado, verdad en el presente, historia en nuestro futuro.

Hermoso y certero libro. Escrito por un hombre que tiene la necesidad de la filosofía para interpretar el mundo, pero acude a la poesía cuando lo necesita. Riqueza verbal que nos remite a la consolidación de un estilo. Breve y clara prosa, que muchas veces es indicio de poemas, de meditaciones líricas para crear belleza.

Con Roberto Murillo, por obra de su inteligencia y su voluntad de representación, Don Quijote cabalga de nuevo. Es nuestro y es de él. Pero es libre como el viento, como la locura cuerda de sus maravillas, anlizadas con amor y simpatía, por un hombre que aspira a compartirlas.

ANCORA, año XXII, 38, 12 de setiembre de 1993

Editor: Víctor Hugo Fernández

Diagramación: Guiselle González S.

Textos: Ricardo Ulloa Barrenechea y Alfonso Chase.